

EL CORREO DE ULTRAMAR

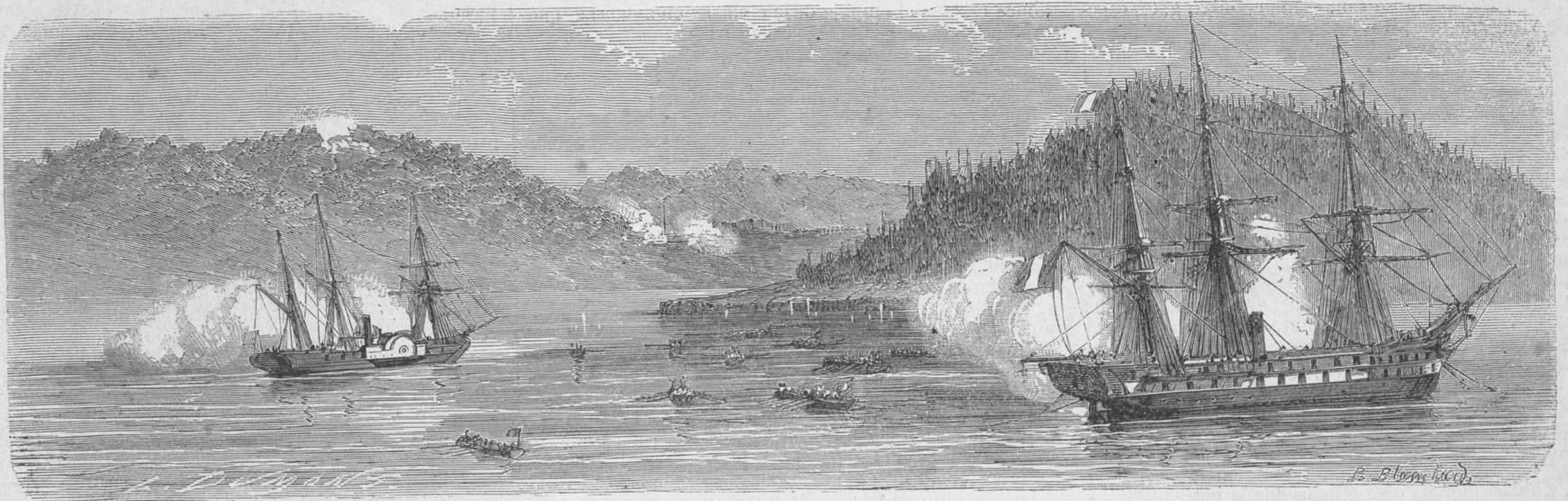
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



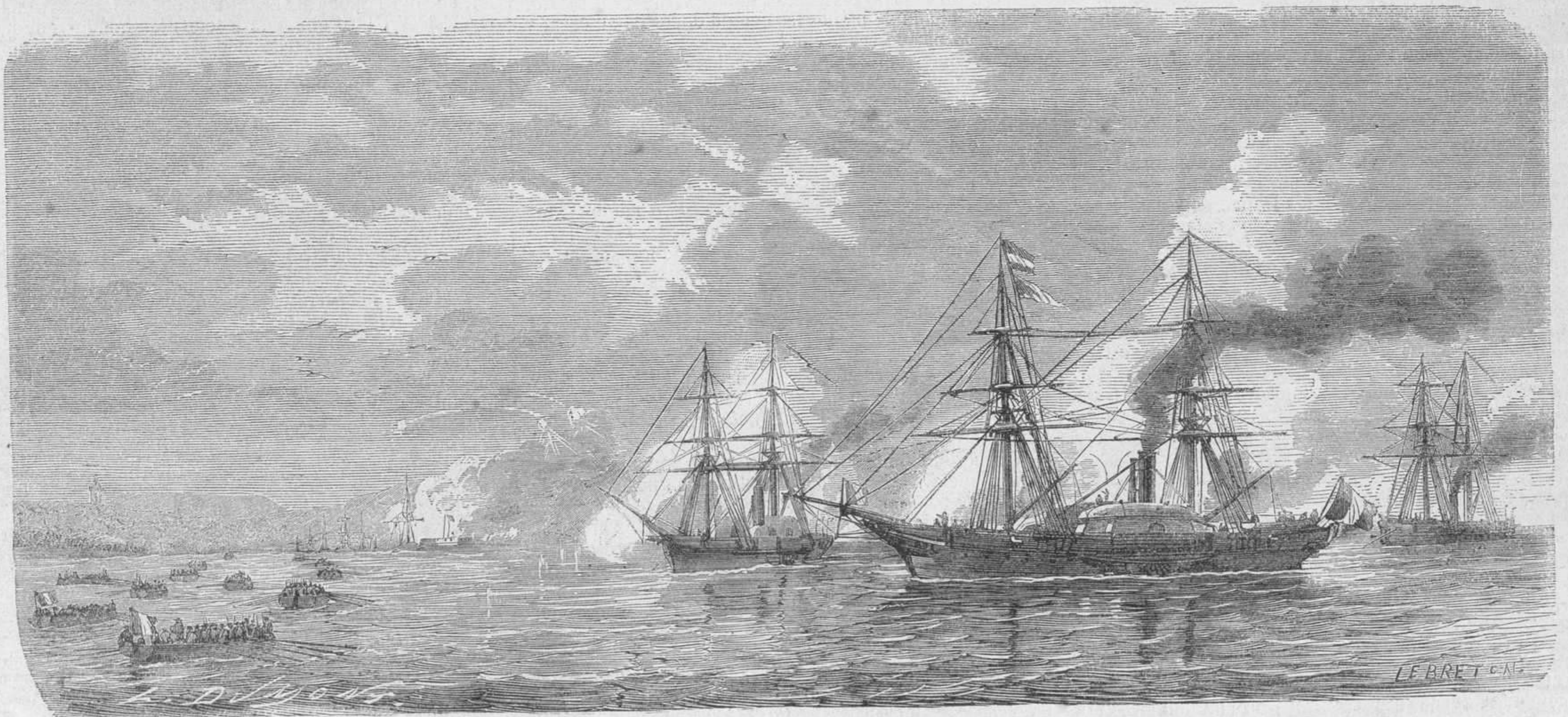
1863. — TOMO XXII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

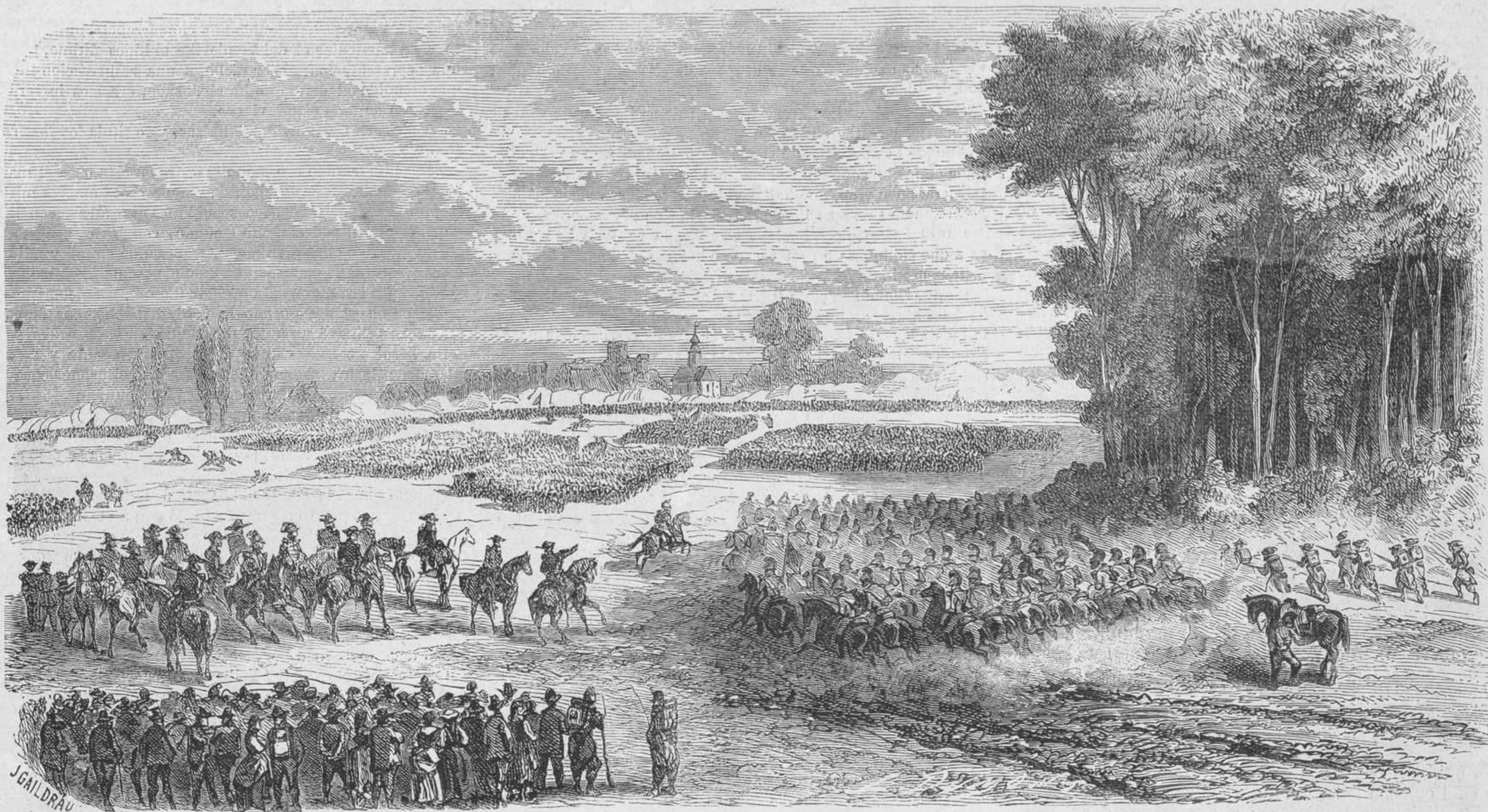
AÑO 22. — N° 563.



La Semiramis y el Tancrede protegiendo el desembarco de tropas francesas en Simonosaki (Japon).



GUERRA DE MEJICO. — Bombardeo de Tampico y desembarco de tropas el 9 de agosto.



GRANDES MANIOBRAS DEL EJERCITO SUIZO. — Toma de las alturas de Aeschi el 19 de setiembre.

cantaban en el primer piso, en tanto que los soldados, ébrios también, bailaban en derredor de la hoguera que consumía los objetos robados. Bueno es advertir que esta devastación no fué ordenada y ejecutada sino una hora después de la explosión; que por orden de M. Berg sus tropas arruinaron y castigaron á muchos centenares de personas enteramente inocentes del atentado (hoy se sabe que arrojaron la bomba de un coche de alquiler que pasaba por la calle), y que solo á las diez de la noche el general Korff mandó que cesara el saqueo, esto es, cuando ya no había más que robar.

P. P.

Maniobras de tropas suizas.

Una división del ejército suizo, fuerte de 14 batallones de infantería, 7 compañías de carabineros, 3 baterías de artillería, 6 compañías de dragones, 2 compañías de guías y 1 compañía de gastadores, formando un efectivo de 10,000 hombres, ha estado reunida durante dos semanas á las órdenes del coronel federal Eduardo de Salis, en el país comprendido entre Soleure, Olten-Zoffingue y Berthoud, y ha efectuado, del 14 al 20 de setiembre, una serie continua de maniobras

basadas en la suposición de un enemigo procedente de Alemania ó de Francia, que atravesando el Aar por Olten, marchase hácia Herzogenbuchsée.

Este enemigo estaba representado por dos brigadas con artillería y caballería. El ejército suizo debía necesariamente rechazar á este enemigo mas allá del Aar, y estos movimientos se ejecutaron del 14 al 18. El 19 toda la división que llegaba de acantonamientos situados á tres leguas en torno del cuartel general, se hallaba reunida al amanecer en el llano que se extiende al noroeste de Herzogenbuchsée, y M. Staempli, jefe del departamento militar federal, la inspeccionaba. El con-



Caballería suiza, dragones.

raza de hierro de 11 pulgadas de espesor, además de la madera y de las otras defensas del buque. La torre está hecha con masas de hierro de un pie de grueso, la garita del piloto con masas de diez pulgadas y la chimenea de ocho. El *Canonicus* tiene 237 pies de largo por 46 de ancho, y lleva delante un espolón de 12 pies, todo de hierro. En fin está armado, como sus antecesores, con cañones Dahlgreen de 13 pulgadas, que lanzan proyectiles de 440.

No hay duda de que el *Canonicus* es una formidable máquina de guerra. Se ha construido con arreglo al principio adoptado definitivamente por los americanos, a saber, que el número de los cañones importa mucho menos que su poder de proyección y el peso de la bala. Su coraza está dispuesta de suerte que puede resistir a los proyectiles más temibles, y sus cañones son del calibre más grande que se han fundido hasta ahora. Solo resta averiguar si puede hacer una larga navegación, si ha de limitarse a desempeñar un papel puramente local, ó si su acción puede extenderse a todos los mares. Hé aquí la cuestión fundamental.

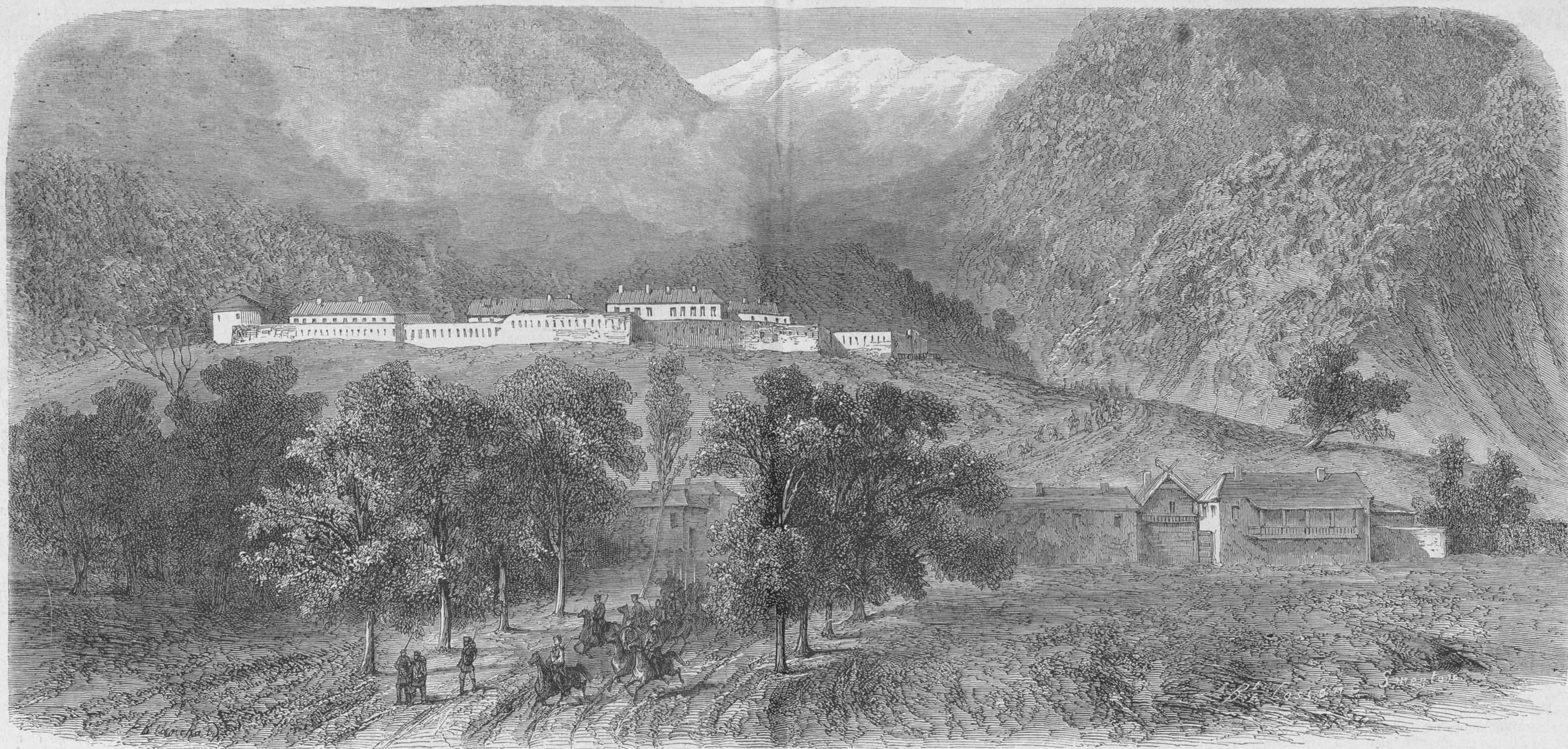
X.

El Daghestan.

El nombre de Daghestan significa en tataro moderno, *altas tierras, país de montañas*. Aunque no tiene ninguna de las altas cimas con que se enorgullece el Cáucaso, la cresta central es una de las más elevadas entre las grandes cordilleras de montañas que surcan el globo, como lo atestiguan las nieves eternas que la cubren.

Limitado al Norte por la grande y la pequeña Tchetchenia y las grandes estepas de Astrakhan, al Este por el mar Caspio, al Sur por el Chirvan y el Lenkoran, al sudoeste por la Georgia, al Oeste por el país de los ossetes y la vasta grieta que con el nombre de Darial corta en dos partes casi iguales la cordillera del Cáucaso, aislado por consiguiente del mundo entero, el Daghestan ha sabido mantener en respeto las fuerzas de la Rusia durante más de veinte años; bastándose a sí mismo ha podido combatir siempre y vencer con frecuencia; por ahora, esta vencido, no sometido, y la prisión de Chamyl no habrá sido más que una interrupción en la resistencia.

Sin embargo, últimamente ha habido una toma de armas, y el fuerte de Zakatali en el Lesguistan ha caído en manos de esos montañeses que combaten por su



El fuerte de Zakatali (Lesguistan) tomado á los rusos por los montañeses insurrectos del Cáucaso.

soberanía. Esto no es mas que un hecho aislado, pero ¿no es una amenaza para el porvenir?

Hay un punto desde el cual se puede descubrir casi todo el Daghestan, y es la cumbre del Koronai: nada más admirable que ese panorama. En el fondo de un valle que riega el Koi-su, á dos mil metros debajo del espectador aparece como un puntito Guimry, aldea donde Chamyl ha venido al mundo. El otro lado del valle está cerrado por un muro perpendicular, de una altura igual y que dominan los nevados picos de la arista central. Este lugar es la imagen del caos. Untzukul, Tchirkate, Akhulgo, que se distinguen en medio de las asperezas de esa naturaleza desolada, han sido teatro de hechas de armas, que aunque ignorados, fueron prueba del heroísmo que entrambos adversarios desplegaron; torrentes de sangre han corrido, pero las nieves siguen tan blancas, los arroyos tan cristalinos, los árboles tan frondosos, y el amor á la independencia tan ardiente en el corazón de los defensores de esa comarca, que no ha cesado de ser teatro de la lucha de los elementos, sino para ser testigo de la lucha de los hombres. P. B.

El Lucero del manantial.

EPISODIO DE LA DICTADURA DE DON JUAN MANUEL ROSAS.

I.

MARIA.

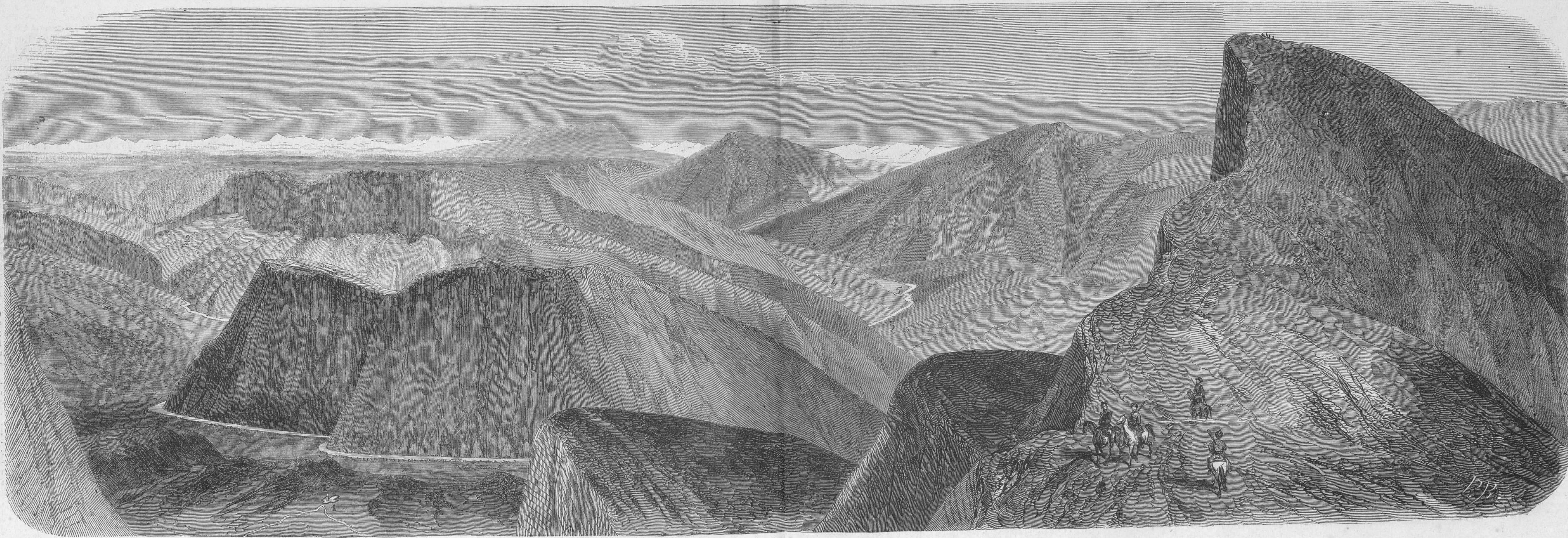
Era la hora en que calla el áspero relincho del potro salvaje; en que el *coyuyo* se adormece sobre el sinuoso tronco de los algarrobos, y en que el misterioso *pacú* comienza su lamentable canto.

La luna alzaba su disco brillante tras los cardos de la inmensa llanura; y su argentado rayo, deslizándose entre el frondoso ramaje de los *ombús* y las góticas ogivas de la ventana, baña con amor el dulce rostro de Maria.

Viajero del Plata, en vuestras lejanas excursiones en la campaña, ¿oisteis hablar de Maria?

Su recuerdo vive todavía en las tradiciones del Sur. Maria era la flor más bella que acarició la brisa tibia de la Pampa.

Alta y esbelta como el junco azul de los arroyos, semejabale también en su elegante flexibilidad. Sombrea su hermosa frente una espléndida cabellera que se extendía en negras espirales hasta la orla de su vestido. Sus ojos, en frecuente contemplación del cielo, habían robado á las estrellas su mágico fulgor; y su



Panorama del Daghestan, tomado de la cumbre del Koronai. — 1 Guimry. — 2 Untzukul. — 3 Akhulgo. — 4 Achilta. — 5 Tchirkate.

El presidente invitó á sus colegas á dar sus votos, ordenando que los que estuvieran por la proposición se pusieran en pié, y con rostro impasible dió la señal. Dos hombres se alzaron solos. El uno era Escalada, el immaculado obispo de la metrópoli. El otro era... el presidente de la sala, el amigo de Rosas.

Hubo un momento de asombro y silencio; pero cuando la barra arrebatada de entusiasmo prorumpió en una tempestad de aplausos, cuatro hombres enmascarados precipitaron en la sala, y mientras tres de ellos rodearon la mesa del presidente, el cuarto hundió un puñal en el corazón de Alberto, y huyó dejándolo clavado en el seno de su víctima.

Entonces, en medio del silencio de horror que reinó en aquel recinto, oyóse la voz del anciano obispo, que de pié aun dijo alzando sobre el moribundo su mano venerable:

— Sube al cielo, mártir de la libertad argentina. Yo te absuelvo en nombre de Dios y de la patria.

Y como si la noble alma de Alberto hubiera esperado aquella sublime bendición, exhalóse dulcemente en una triste sonrisa.

En aquel momento, Enrique, que entraba en el peristilo de la sala de sesiones, fué atropellado por cuatro hombres que huían desalados entre las sombras. El intrépido niño, conociendo por sus máscaras que acababan de cometer un crimen, asió al que iba delante; pero este por medio de un violento esfuerzo logró escaparse, aunque dejando entre las manos de su adversario la máscara que lo cubría.

Al ver el rostro de aquel hombre, el jóven dió un grito y se precipitó en la sala.

A la vista del cadáver de su padre, Enrique se detuvo un momento, inmóvil, mudo, con los puños cerrados y la mirada fija.

Luego cayendo de rodillas, arrancó de su pecho el puñal homicida y besando la herida con siniestra serenidad:

— ¡Adios, padre mio! dijo estrechando la mano helada del muerto, muy luego me reuniré contigo; pero entonces te habré vengado.

Guardó en su seno el arma ensangrentada y se alejó con firmes y resueltos pasos.

VIII.

EL TERRIBLE DRAMA.

La luz del siguiente día encontró en las calles de Buenos Aires numerosas huellas de escenas semejantes á la que tuvo lugar en la noche anterior en la sala de representantes. Un puñal había amenazado la vida de Rosas; y aunque se había arrestado al delincuente, no habiendo podido arrancarle confesión alguna, había sacrificado indistintamente á todas las personas sospechosas de complicidad en aquel atentado.

A dos leguas de distancia, al frente del palacio dictatorial de Palermo, un destacamento de infantería acababa de hacer alto. Sonó el tambor y aquella fuerza se formó en cuadro. Vióse entonces en el centro del siniestro vacío un jóven como Isaac y maniatado como él, y enfrente cuatro soldados, que á la voz de un oficial preparaban sus armas.

Pero cuando los fatales fusiles se inclinaban sobre él, cuando con la frente erguida y la mirada serena el noble mancebo esperaba la muerte, oyóse un grito de suprema angustia, y una mujer pálida, anhelante, desmenada, rompiendo con esfuerzo febril la línea de bayonetas que le cerraba el paso, se arrojó de repente sobre el jóven, y estrechándole en un abrazo desesperado, lo cubrió con todo su cuerpo. Los soldados, vivamente conmovidos, volviéronse hacia el oficial que los mandaba. Pero este que sentía pesar sobre sí una terrible responsabilidad, ahogando su profunda emoción, mandó apartar á la madre y conducirla fuera del cuadro.

— ¡Ah! exclamó ella arrancándose de los brazos de su hijo y cayendo á los piés del oficial. Dadme al menos, por lo que mas ameís en este mundo, dadme un cuarto de hora que necesito para obtener la gracia de mi hijo, ó morir.

El veterano sonrió tristemente.

— Id, pobre madre, id, dijo siguiéndola con una mirada de compasion.

— En nombre de esta hora suprema, gritó el niño, yo os lo prohibo, madre mia. No pidais gracia al asesino de vuestro esposo, ó vuestro hijo os maldecirá desde la eternidad.

Mas ella, sin escucharlo, corrió desalada hácia el palacio. Atravesó sin que nadie pudiera detenerla, los patios, los vestibulos, las galerías y los salones, preguntando á su paso por aquel de quien esperaba la muerte ó la vida. Un edecan entreabrió el gabinete y la mostró un hombre que apoyado en una mesa, ocultaba su rostro entre las manos.

La desventurada, precipitándose en el cuarto, fué á caer á sus piés. Pero al mirar á aquel hombre, el ruego se heló en su labio pálido, que se movió sin articular sonido alguno.

En este momento sonó una detonacion. La infeliz madre cayó sin sentido gritando: ¡Manuel, Manuel! ¿qué has hecho de tu hijo?...

IX.

CONCLUSION.

Mucho tiempo hacía que el antiguo fuerte de la Pam-

pa era ya solo un monton de escombros ennegrecidos por el humo del incendio. Los indios en una salida lo habían quemado, asesinando al viejo comandante con toda la guarnición. Desde entonces el doble silencio de la muerte y del abandono reinó en torno de aquellos muros, y el terror supersticioso que inspiran las ruinas apartó de allí los pasos del viajero.

Sin embargo, una noche, al alzarse la luna sobre el horizonte, los habitantes del Pago vieron una mujer pálida, enflaquecida y arrastrando negros cendales, que atravesó gimiendo las avenidas de sauces y se perdió entre las desmoronadas murallas del fuerte.

Algunos la tuvieron por una aparicion; pero otros creyeron conocer en ella á Maria, la hija del viejo comandante, el bello *Lucero del manantial*.

JUANA MANUELA GORRITI.

Los campanólogos.

El arte de tocar las campanas se halla muy adelantado en Inglaterra. En Norwich y en el Cumberland es donde principalmente hoy mas afición á tocar las campanas. M. Patrik, el patriarca de los campanólogos ingleses, obtuvo hace algunos años el premio de cincuenta libras esterlinas ofrecido al autor de la mejor composición para las campanas, y los aficionados conservan todavía gratos recuerdos del concierto dado en el teatro de Norwich por el célebre profesor de campanas Samuel Thurston.

Este distinguido campanólogo se presentó á ejecutar sus tocatas con ocho campanillas, cuyos sonidos producen la escala musical. Posteriormente el mismo Samuel Thurston añadió dos notas mas á la octava hasta llegar á dos octavas. Los periódicos ingleses hicieron á su tiempo los mayores elogios de la velocidad y brillantez de Samuel, ejecutando sus *bobs-triples* y *bobs-cators*. Pero mas que á estos ejercicios de campanillas se muestran los ingleses aficionados al repique en grande de las campanas de las iglesias y catedrales. ¿Qué son, decía un periódico, hablando de las campanillas de Samuel Thurston, qué son esas campanillas diminutivas al lado de las enormes campanas cuyo acento suena y retumba á lo lejos en el espacio? Un concierto de campanillas al lado de un repique de campanas hace el mismo efecto que una revista militar comparada con una batalla.

En un libro publicado en Norwich se encuentran detalles muy curiosos sobre las infinitas combinaciones á que se presta el arte del campanólogo. Si con dos campanas solo se puede hacer dos combinaciones, tres campanas son susceptibles de seis, y cuatro campanas podrán tocarse de veinte y cuatro diferentes maneras. Siguiendo esta progresion geométrica, se ha calculado que á dos campanadas por segundo se necesitarían 81 años para poder tocar todas las combinaciones á que se prestan 12 campanas; 14 campanas exigirían 16,575 años, y 24, nada menos que ciento diez y siete mil billones de años.

A fines del siglo pasado, los jóvenes de Westmoreland tocaron, en el espacio de tres horas y veinte minutos con las campanas de la iglesia de Santa Maria de Kendal, todas las combinaciones posibles de siete campanas, hasta el número de 5,040. La emulacion de los campanólogos se despertó entonces, y el célebre Stephen Hill, cuyo nombre veneran aun en el día todos los campanólogos, ejecutó en Kidderminster un gran repique que dió por resultado 4,984 combinaciones, ó sean 1,267,453 campanadas. No quisieron ser menos los mozos de Cambridge, y ejecutaron 6,600 combinaciones diferentes con las campanas de la torre de Santa Maria la Grande. Los aficionados pudieron, con el reló en la mano, hacerse cargo de la precision y exactitud de la ejecucion; las últimas mil campanadas se dieron exactamente en el mismo espacio de tiempo que se había empleado en las mil primeras.

Ocho jóvenes de Birmingham, llenos de emulacion, intentaron tocar un gran repique de 15,180 campanadas; es decir, ejecutar igual número de vibraciones con una campana. Extenuados de fatiga y de cansancio, tuvieron que cesar despues de dar 14,224 campanadas durante ocho horas y cuarenta y cinco minutos.

Los ingleses han tributado siempre los mayores honores á la memoria de sus mas famosos campanólogos. Cuando murió Patrik, á quien ya hemos mencionado, la comitiva fúnebre se componía de una multitud de aficionados entusiastas que llevaban en la mano una campana cuyo badajo iba envuelto en un crespon negro; estas campanas, enlutadas y tocadas á compás, producian un sonido lúgubre y extraño. La misma ceremonia se repitió en la villa de Ashtonunder-Lind á la muerte del campanero James Oden, quien durante cincuenta años había tocado la campana tenor de la iglesia de San Miguel. Calculado el número de meses que había vivido el campanero, resultaron ser 828,828 repiques, que fueron los mismos que ejecutados por sus compañeros se le dedicaron al descender á la tumba.

El noble arte de tocar las campanas, tan descuidado en el continente, se ha cultivado en Inglaterra con entusiasmo grande. Los desafíos, luchas y certámenes han producido á veces grandes peleas entre los campanólogos antagonistas, y el tremendo *box* ha prevalecido en muchos casos y se ha sobrepuesto á la opinion de los jueces del desafío. El arte de tocar las campanas, dice un autor inglés, tiene sus misterios, misterios que

no deben confundirse con las *sonerías* y *tocatas* de los relojes mas célebres del continente, entre los cuales descuellan los de Delft y Leyde, en Holanda. La *sonería* es una obra mecánica, mientras que para repicar bien las campanas se necesita un brazo y mucha habilidad.

Encargadas de publicar por los aires todos los acontecimientos mas notables de la vida pública y privada, las campanas han merecido que algunos ingenios las alaben y ensalcen en sus versos. El poeta italiano Agnolo Firenzuola dijo en uno de sus poemas líricos:

Tra tutte quante le musiche humane,
O signor mio gentil, tra la piu care
Gioje del mondo el suon delle campane.
Don don don don don don, che vi non pare?

El mismo poeta, refiriéndose al bautizo de las campanas, dice: «Moderen su orgullo los órganos, pues no pueden pretender á semejante honor. Conténtense con cantar visperas y acompañar la misa mayor. Ninguno de sus fuelles ha adquirido el derecho de poder llamarse Pedro, Jacobo ó Maria.»

Con la reforma han desaparecido tambien de los países protestantes los bautizos de las campanas. La última campana bautizada en Inglaterra remonta al reinado de Maria Tudor. En aquella ocasion fué cuando concluida la ceremonia, exclamó el vicecanciller Tresham:

«¡Oh hermosa Maria! (este era el nombre de la campana) ¡qué santa es tu armonía y qué voz tan angelical posees! ¡Quién al escucharte no se siente poseído de un amoroso ardor!»

Buscar el origen de las campanas y su introduccion en la iglesia, escribir su historia y repicoteos para ordenar matanzas como la de la *Saint-Barthelemy*, ó bien para anunciar victorias, nacimientos de príncipes ó muerte de héroes, seria un curioso trabajo, así como lo seria tambien el que diera por resultado la investigacion de lo que han sido y han venido á ser las campanas en los pueblos de Oriente. Algo tenemos hecho acerca de esto, pero demasiado nos hemos detenido ya con las tales campanas, y forzoso nos es detenernos aqui.

X.

Pabellon

DE LA BOMBA DE VAPOR DEL PALACIO DE BAGATELLE EN EL BOSQUE DE BOULOGNE.

El palacio de Bagatelle fué construido en su origen por Mlle de Charolais, de la casa de Condé, y vino á ser el teatro familiar de los placeres y fiestas galantes de esta princesa. A su muerte el conde de Artois, luego Carlos X, compró esta residencia, destruyó las antiguas construcciones, y en su lugar elevó en sesenta y cuatro dias un precioso palacio. Del conde de Artois la propiedad pasó por donacion á su hijo el duque de Berry, y despues por herencia al duque de Burdeos. Hoy este palacio pertenece al marqués de Hertford, gentlemen inglés muy aficionado á las artes, y mezclado en el torrencio de la vida parisiense.

En la época en que el palacio fué reconstruido, las modas inglesas habían penetrado ya en Francia, y el parque de Bagatelle fué dibujado á la inglesa. Hacia falta agua en abundancia para el riego y la alimentacion de las fuentes, y el Sena que corre por allí cerca, suplió la aridez del terreno. Una bomba se estableció con este fin en una granja dependiente del palacio á la orilla del rio; máquina hidráulica que era tambien de importacion inglesa. La granja en cuestion ha sido además durante medio siglo una especie de taberna adonde acudian á tomar un refrigerio los paseantes del bosque de Boulogne; pero en 1860, en lugar del edificio que fué á la vez, como decimos, un figon y una máquina hidráulica, el marqués de Hertford ha hecho construir un pabellon de una elegancia suma; y el antiguo aparato ha sido reemplazado con un motor moderno, una excelente máquina de condensacion de Derosne y Cail, calentada con coke. Únicamente el maquinista, hombre de mas de ochenta años, ha quedado en su puesto, con la condicion de no servir al público mas meriendas.

Situado á las orillas del Sena dentro del bosque de Boulogne, el nuevo pabellon está rodeado de un jardín con árboles magníficos, una hermosa balaustrada ciñe esta habitacion que podría pasar por una hermosa casa de recreo, y que no es sin embargo, mas que una dependencia del palacio de Bagatelle.

La arquitectura del pabellon ofrece en su masa el estilo Luis XIII, y sus detalles el de Luis XVI, hoy tan á la moda. El edificio se compone de un rústico basamento de piedras con salientes. Debemos citar la puerta que forma el motivo medio y sirve de entrada á la habitacion del maquinista dispuesta en ese piso. Los perfiles de las molduras y el basamento la dan un carácter de fuerza y solidez que deja á la parte superior toda su ligereza, á pesar de la firmeza que ha habido que conservarla, en razon á la situacion aislada del edificio. Una escalera de piedra conduce por cada lado á la plataforma, donde prosigue la balaustrada. Sobre este piso descansa el pabellon propiamente dicho, que encierra un salon de cúpula alumbrado por tres grandes puertas vidrieras que dan al terrado. Desde esta pieza

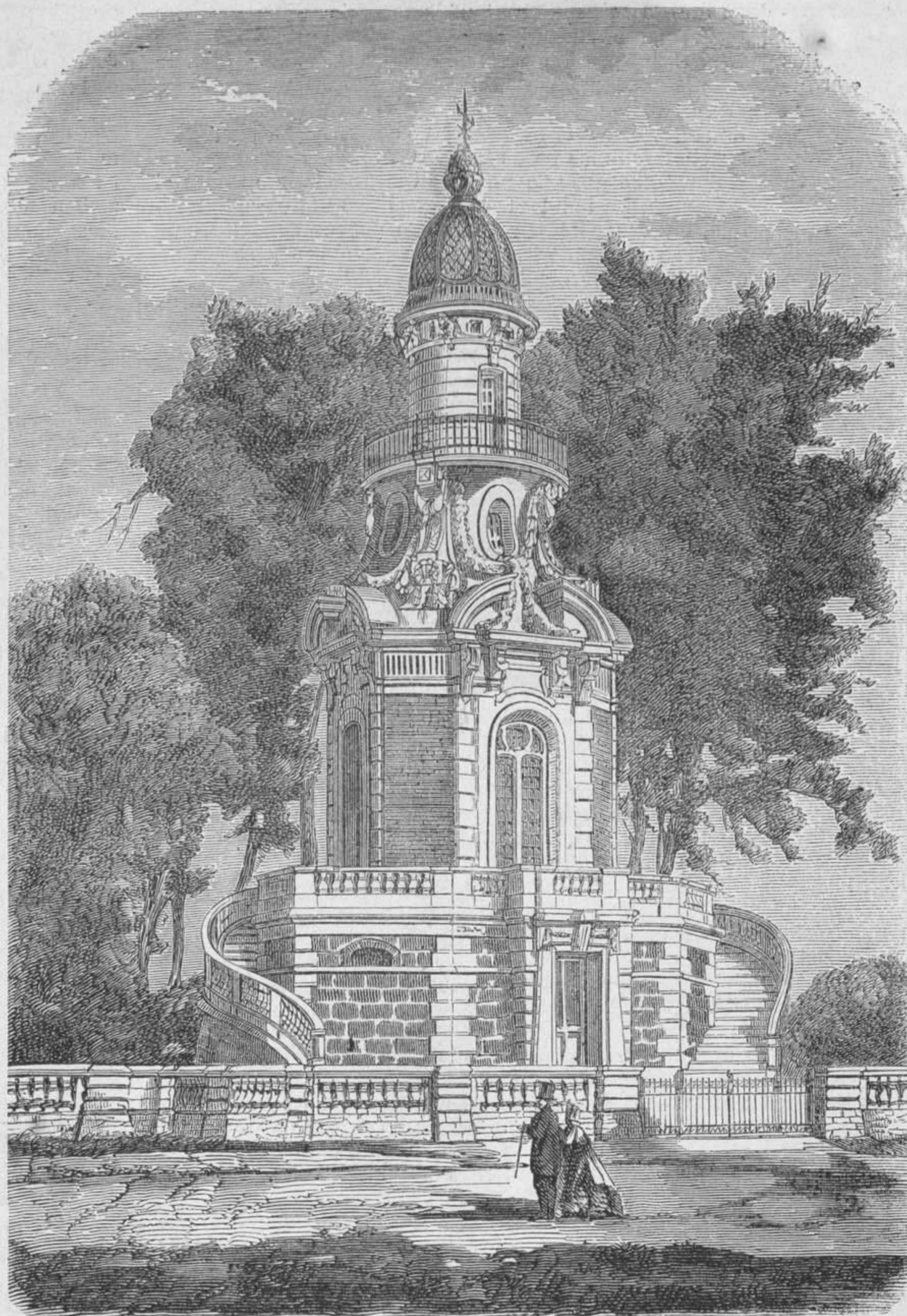
la vista descubre por un lado todo Saint-James hasta el puente de Neuilly: enfrente, Bagatelle y su parque, y por el otro lado Suresnes y el monte Valerien. En el cuarto lado un espejo sobre una chimenea con la misma forma que esas grandes aberturas, reproduce bonitos puntos de vista.

Una escalera de caracol practicada en una de las torrecillas que están detrás del pabellon, conduce al balcon circular que rodea la parte superior, ó á la torre que forma belvedero y domina una vista bellisima. El edificio está coronado con un casco de escama de plomo que tiene encima un canastillo de hierro calado; por estos pequeños orificios se escapa el humo, ó mejor dicho, se desprenden los gases de la combustion del coke de la caldera; pero es difícil adivinar cómo son conducidos allí, tan bien disimulado está el trayecto de esta chimenea.

La ornamentacion es elegantisima. Merecen particular elogio los ornatos tan ricos como originales de las cuatro grandes consolas colocadas entre los frontones y reunidas entre si por una guirnalda, cuyos enlaces con sus caidas forman bonitos motivos. Tambien se aprobará la graciosa balaustrada de cierre, cuyas curvas se pierden en la verdura y van hasta las márgenes del rio, encerrando en sus líneas el jardin y un estanque con un puentecillo.

En el órden de la perspectiva general el conjunto de esta construcción es de un bello efecto. Por su situación el pabellon forma el motivo medio por el lado del rio, de la línea meridional del vasto cuadrilátero, del que Bagatelle y su parque dibujan el lado opuesto sobre una distancia de mas de un kilómetro. Al Oeste por el lado de Saint-James, el espacio está cerrado por una línea de casas de recreo que comienza, cerca del Sena, por una suntuosa construcción de ladrillo y piedra, estilo ogival, con un campanario elevado y detalles de arquitectura de un acabado maravilloso; estas casas pertenecen al marqués de Hertford. Al extremo de esta línea se distingue por su carácter exótico, una hermosa casa inglesa con sus *bow-windows* y todo el confort británico.

Este tercer lado del cuadro no tiene á



Máquina hidráulica de Bagatelle en el bosque de Boulogne.

su frente mas que el campo de las carreras de Longchamps y las hermosas lontananzas en las que aparecen Saint-Cloud, su palacio y sus bosques, y mas lejos la llanura de Issy y las alturas de Chatillon.

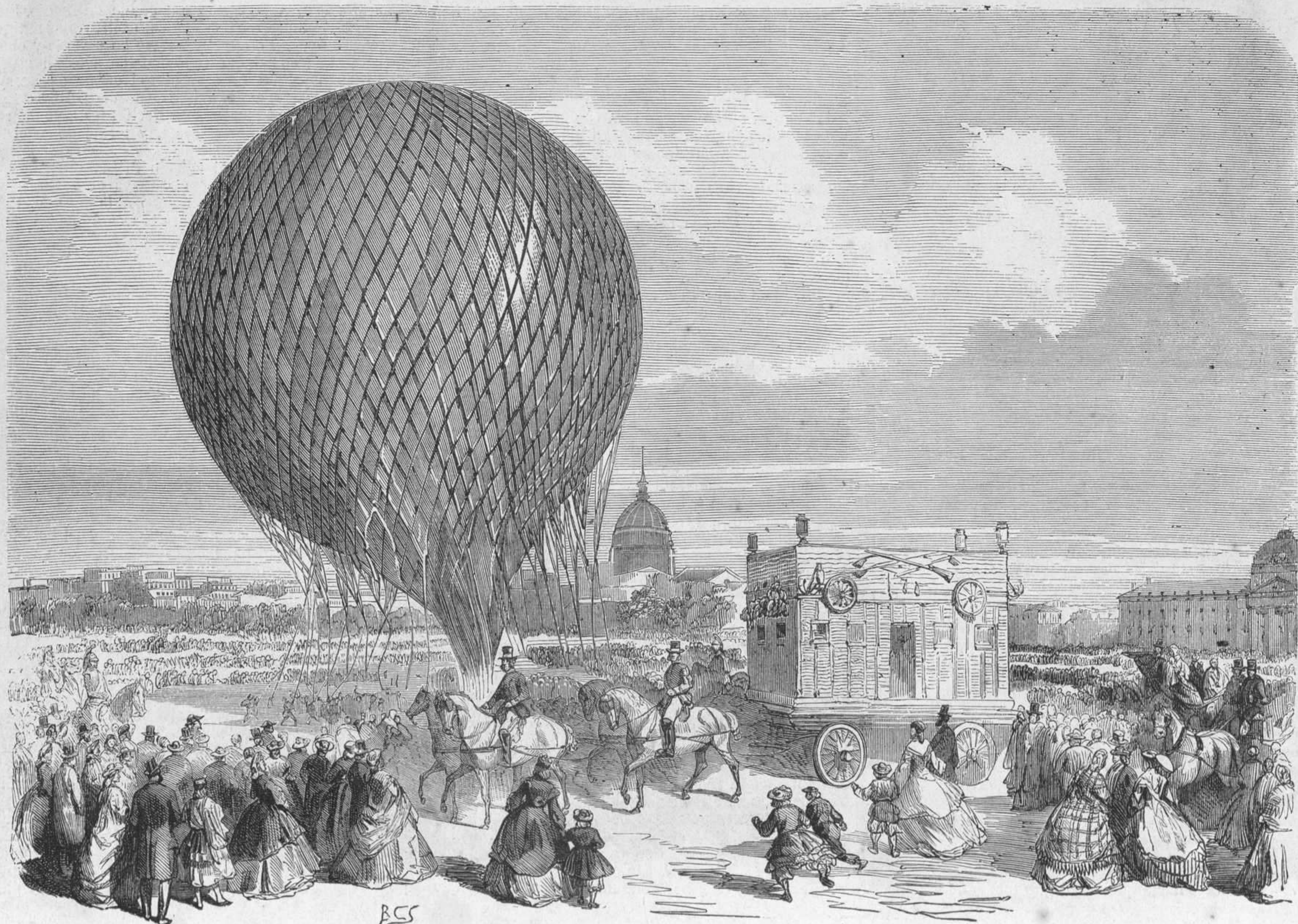
En medio de estas risueñas y variadas perspectivas se eleva como un observatorio el pabellon de la máquina hidráulica del palacio de Bagatelle, formando por sí un delicioso detalle en el paisaje. Este bonito capricho de artista es de M. Leon de Sanges, arquitecto, cuyo nombre se lee en una de las piedras del basamiento con la fecha MDCCCLX. Pero no solo se debe elogiar el mérito del artista, sino que tambien merece alabanzas el hombre de gusto que al ordenar tantas y tan hermosas obras privadas, que pueden considerarse como embellecimientos públicos, sabe hacer un empleo tan inteligente y tan noble de una gran fortuna. P. G.

Exposicion de las artes industriales.

Todo el mundo conoce las bellas pinturas religiosas que han salido en estos últimos años de la casa Gaspard. M. Chovet, su sucesor, ha sabido dar mas desarrollo aun al pensamiento primitivo de esa creación enteramente religiosa. Ultimamente ha emprendido la publicación de una obra tan importante como el *Camino de la cruz*, de M. A. Colin, los *Quince misterios del rosario*, es decir, quince lienzos compuestos y ejecutados por M. Hipólito Lazerges. Todas estas composiciones reproducidas por la litografía y la fotografía, se hallan en el palacio de la Industria en la actual Exposicion de las artes industriales.

Pero no contento con mejorar la industria de la pintura religiosa, M. Chovet aplica la misma reforma á la estatuaria y á la escultura de iglesia. En la exposicion figuran once estatuas, de las cuales hay cinco de madera esculpida y policromada, que son unos verdaderos modelos de escultura ejecutados por M. Taluet, y seis estatuas de tierra cocida.

Citaremos tambien dos magníficos planos de altar y de púlpito destinados



Ascension del globo el Gigante: llegada de la navicilla al Campo de Marte. — (Véase la Revista de Paris.)

á los RR. PP. dominicos de Burdeos, así como una estación de madera esculpida y policromada, obra maestra de escultura y de decoración que imita á la perfección un bajo-relieve del siglo XIII. H. C.

Sacrificio y recompensa.

(Continuacion.)

— Admiro, dijo Ernesto, que no podía menos de reconocer la gracia notable de la estatura y del semblante del señor de Elbene, admiro vuestra belleza, que mas aun que vuestra nobleza y vuestra fortuna os hace faltar al honor, y me pregunto cómo tan noble aspecto puede aliarse con una conducta igual á la vuestra.

— ¡En guardia, en guardia! dijo el señor de Elbene con aire desdenoso.

Pero Ernesto habia caído en una profunda meditacion. Con los brazos cruzados sobre el pecho y la punta de su espada vuelta hácia el terreno apisonado del pabellon, parecia no pensar mas en aquel duelo, que él mismo habia provocado.

— ¿Renunciáis á vuestro proyecto, caballero? le dijo el señor de Elbene; comprendéis al cabo que en el mismo interés de la persona que quereis vengar podemos arreglarlo todo sin escándalo, sin ruido. Excepto un matrimonio imposible, pedid todo lo demás..... Estoy pronto á suscribir á todo.

— No, respondió Ernesto, pensaba en otra cosa.

Ambos adversarios se pusieron en guardia. Las espadas se cruzaron y revolotearon en derredor de los dos combatientes, siempre amenazadoras y siempre rechazadas; de repente dió un grito el señor de Elbene y se cubrió el rostro con una mano. Ernesto bajó su espada y cruzó nuevamente los brazos; su contrincante estaba herido en el ojo derecho. El antiguo criado acudió bastante á tiempo para sostener á su amo, á quien el dolor hacia balancearse; y el vencedor, despues de haber procurado que una especie de ama de gobierno que andaba por las habitaciones fuese á buscar un cirujano, sin perder tiempo salió de la casa. En lugar de ir á la del señor Morin, se quedó en la calle; pronto vió entrar



Jesus en el huerto de las Olivas.

no confesaba su desafio, que atribuia su desgracia á una imprudencia, á un caso fortuito. En efecto, no se tiene un lance de esta naturaleza sin motivo, y el vizconde no podia menos de perder si hablaba: por un lado su conducta con la señorita Morin era vergonzosa, y por otro no le convenia que el ruido llegase hasta la señora marquesa de V... Importaba pues á Ernesto ver á esta marquesa y presentarla el duelo que acababa de celebrarse de una manera favorable á la señorita Rosa; así, que no entró en casa del señor Morin, sino que tomó un carruaje y corrió á ver los conocidos que tenia en Paris, y cuyas relaciones podian ayudarle en su proyecto.

— Si esta marquesa es rica, decia, no necesitará la riqueza del señor de Elbene, y si es jóven y linda, como se cuenta, le repugnaré casarse con un hombre tuerto; y suponiendo que hagan con tanta perfección los ojos de cristal como asegura el doctor, es menester que la marquesa lo sepa. Hablase de un ministro extranjero, que hace veinte años tiene á la Europa en suspenso sobre si ha comprado uno de sus ojos; es esencial no exponer á la marquesa á un peligro semejante.

Ernesto almorzó de prisa y corriendo en el café de Paris, hizo algunas visitas y supo al fin que la marquesa de V... pasaria aquella noche en una casa donde podrian presentarle; era todo lo que necesitaba: entonces tomó el camino del Marais, bastante incierto del modo que abordaria al señor y á la señora Morin, como asimismo á la señorita Rosa, y tuvo que pasar necesariamente por delante de la casa del señor de Elbene; á la puerta habia una berlina. Ernesto imaginó que su duelo habia sido acompañado de todas las fórmulas de la política que está en uso entre gentes bien educadas, y que era conveniente que fuese á informarse de la salud del vencido. Es una costumbre caballeresca que empieza á perderse, pero á la que no faltan ciertas personas. Por otra parte, estaba lejos de haber concluido sus relaciones con el señor de Elbene, ya que la posicion de la señorita Morin no habia variado. Ernesto entró.

En el vestibulo de la casa tropezó Ernesto con el viejo servidor del señor de Elbene.

— Señor, le dijo aquel con tristeza, iba á presentarme de parte del señor vizconde en casa del señor Morin...

— ¿Y para qué, amigo mio?

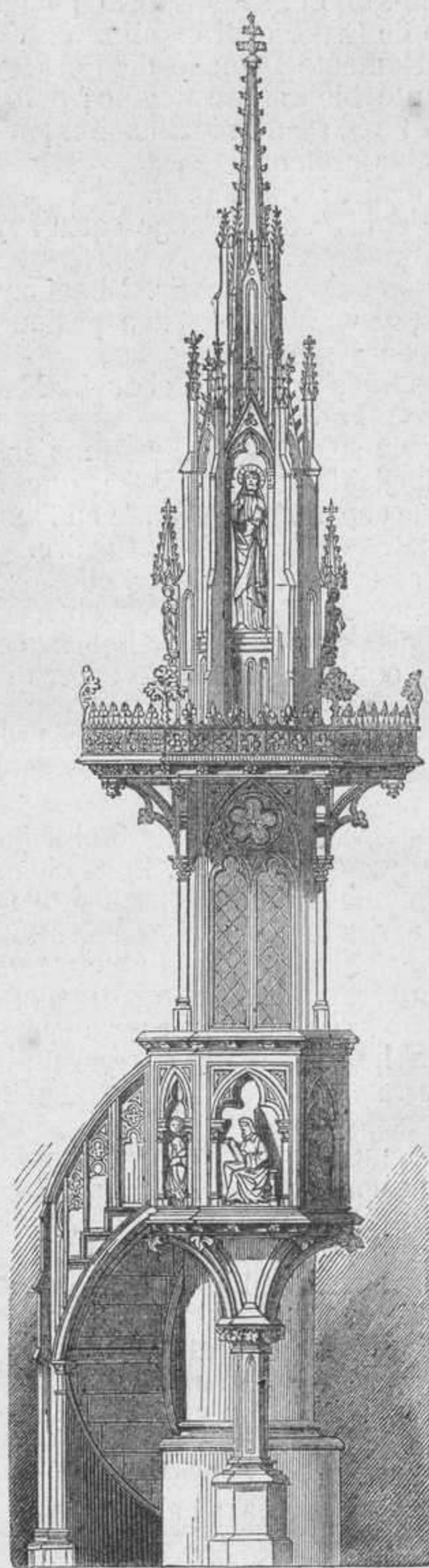
— Para rogaros paseis á casa del señor vizconde, que os espera.



San Vicente de Paula.



San Cárlos Borromeo.



Púlpito.



San Estéban.



La Inmaculada Concepcion.

en casa del señor de Elbene un hombre vestido de negro y de cierta edad, y esperó. Media hora despues, este individuo apareció en el dintel de la puerta; Ernesto le salió al encuentro.

— ¿Sois médico? le dijo al acercarsele.

— A mucha honra.

— ¿Y salís de casa del señor de Elbene?

— Ya lo veis.

— ¡Pues qué! ¿está enfermo ese pobre vizconde?

— Enfermo? no, respondió el médico, pero esta tuerto.

— ¡Tuerto! señor; ¡él que tiene los ojos mas hermosos del mundo!

— ¡Ay! sí; ¡una imprudencia! Segun parece, esta mañana estaba tirando al florete con un amigo.

— ¿Con un amigo? dijo Ernesto.

— Sí, repuso el médico, con un amigo. Se ha roto un florete, siguiéndose el accidente que priva al señor de Elbene de un ojo.

Entonces entró el doctor en los detalles fisiológicos del suceso. La punta del florete, desprovista del boton que la hacia inofensiva, habia penetrado en el ojo y habia destrozado la córnea, el cristalino, el globo entero del ojo; en cuatro palabras, para demostrar los efectos del hierro en la herida, el doctor hizo una historia completa del organismo de la vista, y terminó asegurando que el ojo lastimado estaba perdido, y que el señor de Elbene se veria reducido, ó á cubrir el hueco con una venda de tafetan negro, ó á reemplazar el órgano que le faltaba con un ojo de cristal, cosa fácil, decia, y que se practica hoy con pasmosa habilidad. Por lo demás, que el señor de Elbene continuaba perfectamente, y que ningun accidente sensible seguiria á la herida.

Ernesto vió con placer que el señor de Elbene



Jesus delante de Poncio Pilato. EXPOSICION DE LAS ARTES INDUSTRIALES.

— ¿Y no teneis nada de particular que decir al señor Morin? preguntó Ernesto.

— No, señor, respondió el criado suspirando, que le hizo con la mano una señal para indicarle el pabellon.

Ernesto tomó el camino del jardin, y en el mismo sitio donde habia tenido lugar el desafio algunas horas antes, encontró al jóven vizconde paseandose con agitacion. El señor de Elbene estaba vestido con extrema elegancia. Un frac brochado hasta el cuello dejaba ver las puntas de su chaleco blanco, y una banda de seda negra cubria una parte de su hermoso rostro, sobre el que Ernesto leyó facilmente el despecho, el odio y el deseo de venganza. El jóven habia perdido algo de su desdenosa fiereza y de su aristocrática sangre fria.

— Pienso, caballero, dijo en cuanto divisó á Ernesto, que habeis creído que no debiamos volver á vernos ya.

— Muy lejos de eso, contestó Ernesto, siempre tenemos el mismo negocio que zanjar. La señorita Morin espera siempre la satisfaccion que le debeis, y yo, caballero, venia...

— ¡Veniais! Me habeis ganado por la mano.

— Venia á informarme de vuestra salud, dijo Ernesto, y no contaba con tener el honor de veros hoy.

— Estoy bien, caballero, muy bien, dijo el señor de Elbene, pero me habeis desfigurado, habeis comprometido mi porvenir, y de esto tendreis que darme ahora una satisfaccion.

— Con que es decir, señor vizconde, que quereis trocar los papeles; quereis ser agresor; como gusteis... Con tal que os encuentre frente á mí, no importa el titulo; pero antes de obederos, caballero, añadió Ernesto inclinándose, es preciso que sepais perfectamente cuáles son mis proyectos y mis sentimientos. Amo,

adoro á esa jóven que quereis abandonar despues de seducirla, y que ayer vi por primera vez; me ha bastado con verla y oirla para que un sentimiento simpático y desconocido se apoderara de mi y me hiciese saber que vuestra seducción va á privarme de toda dicha y arrebatarme la única mujer que me hubiera sido posible amar. ¡Ay! esta boda que os evito celebéis, sería mi mayor deseo contraerla yo mismo, si honestamente lo pudiese... He aceptado otra tarea, soy el guardián del honor de la señorita Morin; ha caído una mancha en su honra que es preciso borrar y que no puede conseguirse sino con vuestro matrimonio ó vuestra sangre. Cuando os haya muerto, caballero, me casaré con ella, y nada podéis ofrecerme que yo desee mas que otro desafío. Sin embargo...

— Sin embargo... dijo el señor de Elbene que hacia increíbles esfuerzos para contenerse.

— Sin embargo, continuó Ernesto, la posición de la señorita Morin es tal, que muerto vos, aun rehusaría quizá á casarse conmigo; pero entonces me quedaria tal vez el porvenir... Es un sueño, no hay que pensar en esto, la señorita Morin no puede ya mas que vivir ó morir oculta á todas las miradas, ó llegar á ser la señora de Elbene. Hé ahí porqué no os he quitado de en medio esta mañana; aunque esto me hubiera sido fácil, me he contentado con desfiguraros. Ya estais tuerto, ¿creeis que la marquesa de V..., que ayer aceptaba vuestros obsequios, los aceptará hoy? Yo á lo menos no. Por otro lado, tenia idea de no dejaros proseguir tranquilamente en vuestras pretensiones y exigiros este segundo duelo que me proponéis: estamos ligados fatalmente uno á otro, señor vizconde; es imposible que no conozcáis vuestros yerros, y que no comprendáis que al desembarazaros de mí, añadiréis una falta á otra, un perjurio á un odioso asesinato; volved en vos, señor vizconde, olvidad un momento de alucinación y de error; no tenéis mas que abrir la boca, y yo me encargo de traerlos al señor Morin.

El señor de Elbene, cuya agitación parecia que se habia calmado, escuchaba á Ernesto con una paciencia de la que este auguraba bien; cuando hubo concluido, le dijo el vizconde:

— Caballero, dentro de una hora en Vincennes; ¿os conviene? Os habeis batido con una espada mia, nos serviremos de vuestras pistolas, si no lo llevais á mal.

Ernesto se inclinó y salió. Corrió á casa del amigo que aquella misma noche debía presentarle á la marquesa de V..., y á riesgo de exponerle á que no cumpliera su promesa, le rogó que le sirviese de testigo en un desafío cuyo motivo delicado era una rivalidad de amor que debía concluir en el terreno del combate. Partieron sin detención, y á poco encontraron al señor de Elbene, seguido únicamente de su antiguo criado. Tomaron silenciosamente el camino del bosque, y pronto llegaron á una calle del todo á propósito para el desafío de que se trataba. Ernesto entregó sus pistolas al señor de Elbene, que las examinó con atención y cargó él mismo. Entonces sacó el vizconde del bolsillo una moneda que quiso echar al aire; pero Ernesto le contuvo y le dijo:

— Tirareis el primero, caballero.

— Sea, respondió el señor de Elbene.

Sin medir distancia alguna ambos jóvenes se colocaron á unos veinte pasos, y el vizconde disparó efectivamente el primero; la bala se llevó parte del cuello del frac de Ernesto, que tiró á su vez y derribó á su adversario sobre la yerba del camino. El señor de Elbene estaba herido en una rodilla.

— Tuerto y cojo, le dijo tranquilamente á Ernesto; casadme como gustéis, caballero, porque lo que es yo renuncio desde ahora á casarme por mí solo.

— Sereis mas dichoso que yo, respondió Ernesto.

— Con dos miembros menos, añadió el herido.

El señor de Elbene pidió un coche y quiso volver á Paris con Ernesto. En cuanto estuvieron los dos en camino, el herido, sobreponiéndose á sus dolores, tomó la palabra.

— Es preciso nacer rico, dijo; cuando la fortuna llega de un golpe, os sorprende aun sujeto con las cadenas de la pobreza, y estos lazos de hierro con que uno está cargado no pueden romperse sin dolores ni heridas; aun no hace veinte y cuatro horas que por una dicha inesperada soy millonario, y como contrapeso á esta extraña ventura, el diablo os hace venir expresamente de Burdeos para dejarme imposibilitado y deforme. Vos ganais: me casaré con la señorita Morin... Pero, añadió despues de una pausa, ¿la amais? decid.

— Con todo mi corazón, respondió Ernesto.

— Entonces, ¿porqué no me habeis muerto? Podiais haberlo hecho esta mañana, y creo que ahora mismo os hubiera sido fácil ponerme la bala en el corazón en lugar de aposentarla en mi rodilla á discreción... ¡Ah! es á causa de la situación de esa jóven... O bien esperais que Himeneo os proporcione lo que el amor os arrebató.

— ¡Caballero! exclamó Ernesto.

— ¿Porqué no? dijo el señor de Elbene, cuya calentura comenzaba á encenderle el rostro y quizá á turbar su conocimiento, ¿porqué no? no seré un marido celoso, no tendré los cien ojos de Argos, me falta mucho para eso. ¡Ah, pardiez! el recurso es perfecto; se deja tuerto á un hombre, se le rompe una pierna y luego se le casa. Claro está que la mujer no tardará en preferir un hombre completo á... á...

El señor de Elbene cerró los ojos y cayó en ese letargo febril que acompaña casi siempre á una herida como la que acababa de recibir; pero cuando el coche que le conducía entró en Paris y hubo llegado al boulevard, volvió en sí, ó mas bien pareció despertar.

— Caballero, dijo, vamos á apearnos, no en mi casa, sino en la del señor Morin, si os parece.

— ¿En casa del señor Morin?

— Sí, á fe mia; ya no puedo robar á la señorita Rosa, preciso es que su padre me la dé. Y ahora vamos á ver; ¿quién os dice que la señorita Rosa querrá todavía un marido como yo?

— Teneis razon, respondió Ernesto.

Hizo detener el coche, bajó de él, tomó otro carruaje y se dirigió corriendo á casa del señor Morin. Halló reunida la familia en la sala. La señorita Rosa, pálida y pesarosa, estaba sentada en el rincón mas recóndito del aposento; la madre se ocupaba hacendosamente en reunir las sumas del libro de su cocinero, y el señor Morin en medir á zancadas el salón de un lado á otro. Cuando llegó Ernesto, los colores volvieron al rostro de Rosa; la señora Morin dejó caer de la mano su libro de cuentas, y el señor Morin dió un grito:

— ¡Aquí está! dijo, ¡aquí está!

Ernesto conoció que no habia que perder un momento, y echando á la par una animosa mirada á la señorita Rosa, se adelantó hacia el señor Morin y le dijo con traspasado acento:

— ¡Caballero, tengo que quejarme de vos!

— ¿De mí, Ernesto?

— Me habeis dado esperanzas de casarme con vuestra hija; no la suponía pretendida por nadie, y sin embargo la ama un jóven hace ya mucho tiempo, y...

— Eso no es mas, dijo el señor Morin, que una historia añeja, un jóven que está sin blanca, el señor de Elbene.

— Precisamente.

— Yerno mio, dijo el señor Morin poniendo la mano en el hombro de Ernesto, tranquilízate: ese Elbene ha solicitado ciertamente la mano de Rosa, y aun se ha portado bastante bien algun tiempo; pero desde luego mi hija no ha tenido jamás inclinación por él; luego ha renunciado á sus pretensiones.

— Os equivocais, señor Morin.

— ¡Que me equivoco!... Tengo carta suya, una carta en que me promete...

— Lo que no contaba cumplir. El señor vizconde de Elbene tiene por vuestra hija una pasión profunda, y esta pasión es correspondida.

— ¡Correspondida! exclamó el señor Morin.

— ¡Pues quién lo duda!

El señor Morin se volvió hacia su mujer. Ambos dieron un paso hacia la señorita Rosa, que inanimada y mas blanca que el pañuelo que tenia en la mano, aguardaba los arrebatos de cólera de su padre.

— ¡Ay! sí, se apresuró á decir Ernesto; si hubiéseis consultado á vuestra hija, no me habriais ofrecido un corazón que no podia ser mio, y habriais economizado al señor de Elbene una prenda de amor que le ha costado cara.

— ¡Os habeis batido con ese hombre! dijo la señora Morin.

— Dos veces.

— ¿Y le habeis herido? preguntó el señor Morin.

— Dos veces, repitió Ernesto. Por lo demás, caballero, añadió cogiendo la mano del señor Morin, ¿qué podéis echar en cara al señor de Elbene? Su nobleza no es una falta; por el contrario, su nombre distinguido es una ventaja en el mundo; ¿porqué no ha de gozar de ella vuestra hija? Su pobreza... es mas rico que vos. El desafío que he promovido... ¿qué mayor señal de amor podia dar á vuestra hija que exponer su vida por ella?

En el mismo momento vieron entrar en el salón al señor de Elbene conducido por cuatro criados, confirmó todo lo que Ernesto habia adelantado, y declaró que efectivamente era por amor á la señorita Rosa por lo que se hallaba reducido al estado en que le veian. La jóven, impelida por la necesidad y comprendiendo la importancia de lo que Ernesto acababa de hacer por ella, se arrojó á los piés de su padre, y sin confesar su falta, confesó su amor... ¡un amor que ya no existia!

La señora Morin, que seis meses antes habia visto con buenos ojos la pretension del señor de Elbene, y que el título de vizconde seducía siempre, se enterneció al contemplar al jóven noble herido por amor á su hija, y el señor Morin, en cuanto supo que el señor de Elbene era mas rico que él, experimentó un sentimiento de inferioridad que hizo espirar el no en sus labios. El matrimonio quedó pactado, y el señor de Elbene confiado á los cuidados hospitalarios de la señora Morin y de su hija. Despues vinieron las explicaciones: el señor Morin estaba como un hombre que se despierta y cuyos ojos se abren á un nuevo día; se asombraba del amor de su hija, de la fortuna inesperada del señor de Elbene, y sobre todo de aquella pasión del jóven, que le habia impelido á provocar desafíos con tanta frecuencia y temeridad, que herido una vez se habia expuesto á serlo la segunda.

— Pero tú, amigo mio, dijo aun á Ernesto el señor Morin, ¿con que tambien amas á mi hija, puesto que no has temido arriesgar dos veces tus dias por ella?

Ernesto confesó su cariño, pero añadió que ahora que conocia los sentimientos de la señorita Rosa, se retiraba ante un rival preferido, y que el único pesar que llevaba era haber comprometido la ventura de dos amantes poniendo en peligro la vida del señor de Elbene. Obligado á decir lo contrario á la verdad, aprovechó la confianza del señor Morin para instarle á apresurar un matrimonio que debía quitar á Ernesto toda esperanza, pero que sin embargo deseaba con todo su corazón para reparar, tanto como estaba en su mano, las desgracias que habia causado.

La boda se celebró en la misma casa del señor Morin: el esposo en la cama, donde le retenia su herida; Rosa anegada en lágrimas, cuyo secreto conocia Ernesto solo, y algunos testigos, amigos ó parientes del señor Morin, que admiraban la dicha del antiguo fabricante, cuya hija habia sabido inspirar una pasión tan violenta á un jóven noble tan completo, que habia expuesto cuatro ó cinco veces su vida, y perdido dos miembros preciosos para disputar á sus rivales el objeto de su amor; tales fueron los actores y el acompañamiento. Unos echaban á Ernesto miradas de odio, porque les parecia que su presencia era contraria á todas las conveniencias.

— El señor Morin, se decian unos á otros, debería haber hecho comprender á ese bordelés, que cuando se revienta un ojo y se rompe una pierna á su rival, no se asiste á las bodas. ¡Cuánto debe sufrir la señorita Rosa con la vista de ese gladiador, de ese espadachin que le cuesta la belleza de su marido, y que poco le ha faltado para arrebatarle al marido mismo! Y ese pobre jóven, que tan cara compra su felicidad, ¡qué pena para él ver á su vencedor, casi su asesino, firmar el contrato de matrimonio!

Este pobre jóven maldecia con su corazón á la muchacha con quien se desposaba; daba al diablo á aquella familia plebeya con la que se enlazaba á pesar suyo, y sobre todo renegaba de Ernesto. Pero con esa sagacidad peculiar de algunos hombres cuando se trata de su interés personal, habia comprendido que su mala fe se estrellaría siempre ante la lealtad de Ernesto Laroche, y que por una casualidad desgraciada para él, la fuerza, la habilidad, la tenacidad, el valor mismo, se hallaban reunidos en grado superlativo del lado de la buena causa. Con Ernesto Laroche era preciso ceder ó morir poco á poco, despues de haber pasado por todos los dolores y humillaciones de sucesivas derrotas, ó bien era preciso ceder para vivir. El señor de Elbene cedió, sintiendo solamente no el haber dejado ver su cobarde abandono, sino el tener una bala en la rodilla y un ojo menos. Concluido el desposorio, Ernesto tomó la diligencia y se volvió á Burdeos.

Quando Ernesto se vió en la berlina del carruaje, donde la casualidad hizo que se encontrase sin compañía, y dejó Paris á la espalda, repasó los sucesos que le traian soltero á la villa de Burdeos, y examinó su conducta y sentimientos. Unido con lazos de amistad y hospitalidad al señor y á la señora Morin, acababa de hacerlos, sin que lo sospechasen, un gran servicio; habia salvado el honor y quizá la vida de su hija única. Esta jóven, aunque de fisonomía agradable, no era hermosa, y si sus facciones respiraban candor, si todo inducia á creerla un alma pura, con sentimientos tan honrados como generosos, no era menos cierto que la señorita Rosa habia sido débil. Todo debía pues inclinársele á dar gracias á su buena fortuna que le habia librado de hacer un papel estrepitoso en un negocio en que, con un poco mas de buena fe por una parte y un poco menos de suerte por la otra, habian podido tomarle por un bobalicon. Todo se lo debía á su buena estrella. Habia inspirado bastante confianza á la señorita Morin para decidirla á una confesion difícil; habia sido bastante listo ó afortunado para herir dos veces al señor de Elbene, y herirle del único modo que pudiese obligarle á casarse; ya no le faltaba pues mas que felicitarse por estar soltero y vivo; dar gracias al cielo de no verse tuerto ni cojo, y si pensaba en casarse, esperar que cualquier otra tentativa no podia menos de ser mas próspera.

Pero ¡ay! le bastaba echar una mirada al anillo de su madre que brillaba en su dedo, para que estas ideas tomaran otra corriente, y para considerar las cosas de distinto modo: este anillo habia estado por espacio de algunas horas en poder de Rosa, en su mano hubiese estado conservarlo por siempre; la señorita Morin no tan solo no amaba ya al señor de Elbene, sino que le despreciaba: Ernesto sabia en cambio que aquella le reservaba un amor tan puro como elevado; su conducta se lo probaba: habia venido en efecto á pedirle una protección peligrosa; el sacrificio de su vida. Esto puede hacer sonreír á un hombre positivo, mientras que aquel cuya alma está apasionada, comprende este lenguaje misterioso y simpático que las palabras no podian expresar. ¿Y porqué cometió esta falta? ¿Era impulso del amor, imprudencia de la juventud? No; la señorita Morin habia cedido á un sentimiento generoso, se habia sacrificado por un hombre pobre á quien quería enriquecer; apenas cometida la falta, habia cambiado la suerte, y la señorita Morin habia podido ver lo cobarde de aquel á quien amaba. Ernesto acababa de darle por esposo á este cobarde. ¡Ah! puesto que la vida del señor de Elbene habia estado en su mano, ¿porqué no quitársela? Entonces hubiera podido esperar algo del tiempo.

Todas estas ideas, estos peligros que habia corrido, estas esperanzas burladas contribuyeron á grabar en el espíritu y en el corazón de Ernesto la imagen de la vizcondesa de Elbene, y pronto experimentó que si una mujer medianamente hermosa inspira rara vez una pasión, á lo menos cuando la hace nacer, esa pasión es tan violenta y tan viva que no se la puede domar. Burdeos llegó á ser insostenible al señor Laroche. Tuvo una necesidad de agitación que no le permitió habitar los lugares que en sueños habia visto embellecidos por una dicha que desaparecia para siempre. Partió para Italia; se cansó de correr de Roma á Nápoles y de Nápoles á Roma; seis meses pasó en recorrer un país cuyas bellezas le impedia apreciar su preocupación, y echar una mirada distraída sobre las seculares ruinas legadas por los Césares.

Un día que vagaba por los jardines de Pórtici, bajo los naranjales abrigados por las dos azoteas de palacio, vió venir hacia él un joven elegantemente vestido, y a cuyo brazo iba, ó mejor dicho, marchaba dando brincos una mujer joven y bonita, que en su porte y maneras, en su garbo y descaro se conocía fácilmente que era una italiana, de aquellas que la buena sociedad no admite á su lado, pero cuya intimidad puede confesarse en un país donde las costumbres son francas y completa la libertad; Ernesto miró aquella mujer con atención, y cuanto más se le acercaba, más reconocía facciones que había visto la víspera; efectivamente, era la signora Marietta, joven bailarina del teatro del Fondo, que gozaba en Nápoles de una gran reputación, adquirida no precisamente por su talento, sino por sus galanteos. El año antes había arruinado á un monsignore, reciente heredero de una de las primeras familias de Italia, y en pocos meses en Nápoles había hecho declararse en quiebra á un banquero. Era la beldad que estaba de moda; su acompañante la abandonó por un momento en cuanto divisó á Ernesto y vino hacia él.

— Señor Laroche, le dijo.

Al oír aquel metal de voz los ojos de Ernesto se dilataron; reconoció al señor de Elbene; era él: el apuesto noble se había aprovechado de la habilidad que hay hoy para fabricar ojos de cristal, y aunque uno de los suyos estuviese inmóvil, los dos estaban brillantes é iguales; una cojera casi imperceptible solamente recordaba una herida cuyos efectos había atenuado el talento de los médicos. El señor de Elbene, siempre cumplido y zumbón, alargó la mano á Ernesto diciéndole:

— Ya no somos enemigos. Nuestro rencor me cuesta demasiado caro, sin que lo parezca. Por lo demás, os doy las gracias; me habeis hecho un verdadero regalo: una mujer dulce, modesta, económica, que vive en el castillo de Elbene como una señora cuyo marido hubiese marchado á Tierra Santa. Voy á Roma á buscar la absolución; la señora Marietta tiene la bondad de acompañarme: goza de gran crédito entre los cardenales; me servirá de mucho; mañana salimos.

Hablando así, el señor de Elbene apretó la mano de Ernesto, fué á reunirse con su compañera y desapareció bajo los naranjales.

No le fué difícil á Ernesto saber la verdad. El señor de Elbene estaba en Nápoles hacía un mes, vivía con la signora Marietta y derrochaba sumas enormes. Ernesto conoció que no podía suceder otra cosa; había querido salvar el honor de la señorita Morin; el honor estaba salvo; en cuanto á lo demás, no había que pensar en ello. Abandonó á Nápoles y vino á Marsella, donde se embarcó en un buque que se daba á la vela para Nueva York. Así pasó año y medio vagando por los Estados de la Union, perseguido siempre por la imagen de una mujer que no esperaba volver á ver, y cuyo recuerdo no podía desechar, cuando recibió una carta de su padre que le llamaba á Burdeos. El anciano le decía que al peso de los años se unían para él todos los pesares del aislamiento, y todos los dolores de su enfermedad.

Le suplicaba que volviese á Burdeos, donde le había arreglado una boda que pondría fin á una vida errante y peregrinaciones sin objeto. Ernesto no titubeó; tomó el camino de Francia con la firme intención de no ver siquiera aquella nueva esposa que querían darle. No había de amarla; no se quiere dos veces con una de esas pasiones súbitas que no nos dan tregua ni descanso, y por otra parte ahora no conocía el peligro de esos tempranos casamientos; hermosa ó fea, temía esa novia que podía haber sido débil como la señorita Morin, y que quizá no sería tan delicada ni tan sincera. No comprendía otra dicha que la que le habían arrebatado, y había resuelto oponerse á esta clase de compromisos. El buque que le conducía arribó al puerto de Marsella, como aquel en que había abandonado á Francia. Ernesto, triste y desconsolado, compró una silla de posta para viajar solo y no tener que sufrir la trivial alegría que á veces anima el interior de las diligencias.

(Se concluirá.)

Los doce linajes de Soria.

La Armería real de Madrid acaba de hacer la inestimable adquisición de los restos de armaduras que pertenecieron á los célebres doce linajes de Soria, descubiertos y traídos á la corte por el conocido preboste y anticuario llamado el *Soriano*. Este señor, animado de un sentimiento patriótico rechazó las cuantiosas ofertas que le fueron hechas por algunos extranjeros para adquirir tan preciosas antigüedades, sobre las cuales, así como sobre los linajes, vamos á dar aquí algunos históricos detalles.

Levantada la ciudad de Soria sobre las inmortales ruinas de Numancia, según lo afirma en epístolas don Antonio Guevara; ocupando el mismo punto que por espacio de varios años fué teatro de las mas grandes hazañas del pueblo celibero, con oprobio de la orgullosa Roma, en donde una y otra vez fueron vencidas sus huestes, como lo sientan Ambrosio de Matamoros, Juan Bohemio, el maestro Florian de Ocampo y el mismo don fray Prudencio de Sandoval, no es extraño que además del entusiasmo que produjera tan remoto origen, sirviese de estímulo á sus moradores para mas multiplicar sus hechos de valor, para mas esforzarse en

doblar el número de sus hazañas, y en una palabra, ser fieles imitadores por su abnegación de los heroicos habitantes que les precedieron. Así es que desde lo mas remoto de su origen, desde que Soria, ya con el nombre de villa, ya con el de ciudad, empieza á conocerse por la historia, no hay hecho glorioso, no hay hazaña de valor en que algunos de sus hijos, y á veces todos en comun, no haya tomado parte.

Así tambien se explica el esmerado anhelo con que los soberanos de Castilla procuraron siempre poblar un punto que no sin razon debieron considerar como el plantel mas seguro de valientes y esforzadissimos guerreros, y por lo tanto vemos que uno de los primeros cuidados del rey Don Alfonso VI, despues de haber conquistado de los moros á Toledo, Gormaz, Osma, Berlanga y Atienza, fué enviar en el año 1109 á poblar á Soria á Fortun Lopez, llamado por otros Franco Lopez, en compañía de muchos parientes suyos, y tambien del famoso Ruy Diaz de Vivar, los cuales pueden considerarse como el origen de los sorianos que llegan hasta nuestros dias.

Por el mismo tiempo, esto es, desde el instante en que los nuevos pobladores se posesionaron de la antigua Numancia, de donde algunos de ellos eran oriundos, siguiendo el principal impulso de aquella época, y tambien el belicoso que les distinguiera, se constituyeron en corporación, y uniéndose á los nobles que ya la habitaban, formaron, por decirlo así, la asociación de las doce casas, cuyos jefes se impusieron como primera obligación la de presentarse con igual número de caudillos ó capitanes, manteniendo la fuerza armada que fuera necesaria para la custodia y seguridad, no solo de la población y su castillo, sino tambien de sus fronteras, amenazadas en aquella sazón tan de continuo por los moros, imitando en gran parte la institucion de los doce pares de Francia que hizo en la provincia de Aquitania el emperador Carlomagno, en Cataluña su hijo Ludovico, y otras que por órden análogo pudieran citarse.

Los apellidos pues de estas doce casas troncales, de estos doce linajes, que andando el tiempo tantos servicios prestaron á sus reyes y á su patria, sobre todo durante la guerra que terminó con la toma de Granada por la primera de las Isabeles y su esposo Don Fernando, fueron, lo escribe el licenciado Mosquera en su erudita obra de la *Numantina* de 1612, los de Santisteban, San Llorente, Santa Cruz, Morales, Barnuevo, don Vela, Caltañazor, Salvadores y Cancelleres; formando estos tres últimos dos casas ó linajes cada uno de ellos, sin otra variación que la de añadir los unos, *somos blancos ó del espinó*, por haber labrado sus casas en la parte elevada de la población, y los otros, *hondoneros* *somos*, porque levantaron las suyas en la baja, casi á los bordes del Duero.

Fueron siempre tan respetados estos doce linajes, no solo por lo preclaro de su nobleza, sino por la reputación de sus hechos heroicos, que no solo ellos gobernaban la ciudad y su comarca, sino que sería demasiado difuso enumerar los singulares privilegios que les fueron otorgados por los reyes Don Enrique, Don Pedro el Justiciero, Don Juan II, Don Fernando y Doña Isabel, pudiendo según ellos, nombrar corregidores, alcaldes de fortalezas, escribanos y otros varios empleos; en muchos de los cuales se extendía la prerogativa hasta ennoblecer á los agraciados y sus legitimos descendientes. Tambien gozaban del derecho de ser representados en las Cortes del reino adonde mandaban sus procuradores; pero sobre todo lo mas honorífico de sus prerogativas, y de lo cual no hay ejemplo que se concediese otra semejante en estos reinos, es la llamada de los cien arneses decretada en 1458 por el rey Don Alonso, el vencedor de las Navas de Tolosa, en la que para recompensar los hechos de valor heroico en la guerra contra moros y tambien la acrisolada lealtad de los doce linajes en medio de los cuales se había criado, instituyó la obligación de que cada uno de sus sucesores al tomar posesion del trono pagase como tributo á los dichos linajes cien arneses de guerra completos, otras tantas sillas aderezadas y pulidas, lo cual no solo fué despues confirmado por Don Sancho el Bravo y por Don Pedro el Justiciero, sino que á su vez hicieron lo propio las Cortes de Valladolid en 1319 y cuantos soberanos ocuparon el trono de Castilla, cumpliéndose este tributo hasta que por real cédula de 17 de abril de 1466, dispusieron los Reyes Católicos se redimiese dicho privilegio mediante entrega de 350,000 maravedis á los linajes en el primer año de cada reinado, y así fué cumplido por la reina Doña Juana, el emperador Carlos V, el rey Don Felipe II y Don Felipe III.

Para la conservacion, no solo de tan honoríficos arneses, sino tambien de los muchos mas que por cuenta de los linajes se tenían prontos para armar sus gentes de guerra, poseían un suntuoso edificio construido expresamente, y que puede aun admirarse en el dia, en donde estaban ordenada y lujosamente todos colocados, según lo refiere entre otros varios autores el ya citado licenciado Mosquera, figurando en el primer término de cada una de las salas y por su órden cronológico los muchos reyes de Castilla que regalaron sus propias armaduras á los linajes, tales como Don Alonso VII, VIII y IX, Don Pedro el Justiciero, Don Juan II y otros varios. ¿Serán por ventura los restos de algunas de estas últimas los que acaba de adquirir la real Armería? Mucho lo celebrariamos, y que con ellas parecieran los tesoros que de este género poseía Soria en la casa de sus doce linajes.

E.

Don José María Gutierrez de Estrada.

El señor Gutierrez de Estrada, ex-ministro de Negocios extranjeros en Méjico, ministro plenipotenciario cerca de diferentes córtes, y en la actualidad presidente de la diputacion enviada al archiduque Maximiliano, nació en el estado de Yucatan, donde reside su familia.

Hablando y escribiendo con facilidad las lenguas francesa é inglesa, fué destinado á las legaciones de Europa, y ha sabido emplear útilmente su tiempo en las capitales del viejo mundo.

Honorable por principios y por educacion y muy apto para los negocios, el señor Gutierrez de Estrada es hombre de progreso por conviccion, y pertenece al partido conservador ó *escocés*. A pesar de la suma amabilidad de su carácter, no transige jamás con lo que cree su deber, aun cuando se trate de sus amistades mas íntimas. Bajo la administracion Alaman abandonó el servicio público porque juzgó á este gobierno retrógrado, y á la caída de la federacion renunció al ministerio que dirigia, porque comprendió que continuar ocupándole habria sido faltar á compromisos políticos.

Al resignar tan elevadas funciones, el señor Gutierrez de Estrada se creyó en el deber de dirigir á la nacion mejicana un manifiesto muy notable por su lógica y su sensatez.

B.

La isla de Ouessant.

En medio del Océano Atlántico, centinela avanzada que vigila á la entrada de la Mancha, se encuentra una isla bastante llana, de un contorno accidentado y de paredes casi verticales de rocas graníticas, cuyo acceso es sumamente difícil y hasta imposible en ciertos tiempos y con ciertos estados de la mar, á menos que los prácticos del país no enseñen las ensenadas donde se puede desembarcar, con una mar un poco mas tranquila, sobre peñascos resbaladizos por los cuales hay que trepar con gran trabajo hasta los granitos abruptos que conducen por fin á la tierra firme. Esta isla, cuyo acceso es tan difícil por sí y cuyos aproches por mar se hallan quizá mas erizados aun de dificultades, es la isla de Ouessant, país poco conocido, poco visitado, aun por los viajeros mas intrépidos, y no obstante, uno de los mas curiosos que nos haya sido dado recorrer y estudiar.

La isla de Ouessant, situada por 48° 28' de latitud Norte y 7° 25' de longitud Oeste, se halla á 20 kilómetros de la punta extrema occidental de la Francia y del departamento de Finistere, del que forma parte, siendo la última de una larga línea de islas, islotes y rocas que se extienden sin interrupcion entre ella y el continente. Esta calzada granítica cuyos escollos aparentes ó submarinos han causado ya tantos naufragios, se compone yendo de la tierra firme hacia Ouessant, de las islas de Benignet, de Quemenes, de Trielen, de Molene, de Balance y de Bannec, cuya alineacion casi perfecta corre entre la punta de San Mateo y Ouessant, siguiendo una direccion del SE. al NO. Al Norte de esta línea de islas hay escollos sin número, peñascos de los cuales algunos como la Helle, los Pourceaux, la Roca inglesa y el Gran Courleau sobresalen del agua; pero la mayor parte se cubren y se descubren á cada marea, no dejando entre ellos y el continente mas que un canal bastante angosto que llaman el canal del Four, por el cual, según el estado de la marea, suelen aventurarse los barcos de cabotaje y los pequeños buques que doblan la punta occidental de la Francia, y que tratan de entrar en Brest ó de salir para ir al Norte. Al Sur de esta línea encontramos la misma reproduccion de escollos y de peñascos, y los mas notables de estos, siempre aparentes, forman la calzada de las Piedras Negras, sobre la cual se observa de lejos la espuma del mar, pero que se puede contornear sin temor, pues por esa parte se está en el Iroise, vasto espacio que precede la entrada de Brest.

Por su posicion a la entrada de la Mancha y al extremo de una calzada granítica que corta directamente la corriente de flujo y reflujo que va del Océano hacia el Norte, la isla de Ouessant se encuentra bañada por un mar agitado siempre y rodeado de corrientes violentas, de las cuales la mas fuerte y célebre es la del Fromveur, entre la isla de Bannec y la de Ouessant, al Este de la última y al extremo de la calzada, de la que forma el punto mas avanzado. Allí, por una abertura de unos tres kilómetros, la mayor parte de las aguas traídas á la Mancha por el flujo y que se lleva el reflujo, pasa con una rapidez increíble, y en las grandes mareas de equinoccio la corriente del Fromveur es completamente inabordable. En general las embarcaciones no intentan su travesia sino cuando la mar ha perdido fuerza.

La isla de Ouessant, de forma muy irregular, se compone de dos largos ramales simétricos á cada lado de la línea que forman los dos entrantes principales de las bahias del Stif al Norte y de Pors-Paul al Sur. La mayor longitud de cada uno de estos ramales dirigidos del NE. al SO., es de unos siete kilómetros, y la anchura mayor de la isla viene á ser de cuatro kilómetros, abrazando su perímetro unos 33 kilómetros, por causa de las sinuosidades de las márgenes. Fácil es comprender la importancia de la isla de Ouessant en un momento de guerra con una potencia marítima, y así es que los in-

gleses trataron de apoderarse de ella en los primeros años de este siglo, aunque inútilmente, porque como hemos dicho al comenzar, lo mas difícil de todo es el desembarco, y la naturaleza se ha encargado de fortificar bastante bien ese punto para que una cortísima guarnición baste para vigilar eficazmente los pocos puntos en los que se podría intentar saltar a tierra. Sin embargo, en presencia de los progresos que han hecho la navegacion y los instrumentos de guerra de toda clase, ha decidido ayudar á la naturaleza y ocuparse en levantar en Ouessant una construcción que asegure la existencia de la guarnición, aun suponiendo tomada la isla á viva fuerza por causa de un golpe de mano. También se ha puesto á Ouessant en comunicación con el continente, mediante un alambre eléctrico-submarino, y así se tendrán preciosas indicaciones sobre los movimientos de las escuadras que cruzan por alta mar para doblar la punta occidental de Bretaña, y sobre la dirección que toman para dirigirse á tal ó cual punto del continente.

Lo que mas llama la atención al poner el pié en la tierra de Ouessant, es el aspecto llano y monótono del terreno que despues de haberse levantado hácia el Norte, va bajando hácia el Sur siguiendo un plano casi uniforme. La altura del punto mas elevado al Norte, donde está situado el faro, es de unos 65 metros sobre el nivel medio del mar, y la punta Sur extrema de Loquetas no está á mas de 20 metros sobre este nivel medio. Una porción de arroyuelos de agua potable, procedente de manantiales bastante abundantes, de los cuales la ma-



EL SEÑOR GUTIERREZ DE ESTRADA, presidente de la comision mejicana enviada al archiduque Maximiliano.

yor parte no se secan nunca, riegan la tierra que es muy productiva en toda la parte Sur de los dos ramales de la isla, constantemente refrescada y fecundizada por los riegos que llegan de los puntos culminantes situados al Norte. El cultivo en la mitad de la superficie de la isla, consiste en trigo, centeno, cebada, avena y patatas, y todo el sobrante se exporta al continente. La tierra es muy ligera y muy favorable para el cultivo de cereales y tubérculos; es poco difícil de trabajar, y recibe en calidad de abono el fucos cosechados en sus playas, lo mismo que en toda la Bretaña ribereña de la costa. La otra mitad del terreno, demasiado combatido por los vientos, sobre todo en las puntas, no produce mas que una yerba corta buena para alimento de los carneros que se encuentran allí en crecido número, y cuya lana forma la mayor parte del comercio de los habitantes. Estos carneros que jamás pueden temer el diente del lobo, pastan constantemente en libertad y nunca los encierran en los establos. Tienen abrigos dispuestos sobre la tierra que se componen de dos paredes cubiertas de yerba, cortadas en ángulo recto y orientadas por lo comun á los cuatro puntos cardinales. Estos abrigos que ofrecen un relieve de 60 á 80 centímetros, y cuyos ramales presentan un metro de largo en torno de la ventana central, tienen siempre resguardado del viento uno de sus ángulos, donde los carneros se reúnen y pasan la noche. La vegetación es raquítica en la isla de Ouessant, y en ninguna parte se ven árboles, ni zarzas, ni siquiera esos cercados vivos que se encuentran sin embargo al borde de la costa en tierra



LA ISLA DE OUESSANT. — 1 Ouessant. — 2 Paso del Fromweur. — 3 Isla de Bannec. — 4 Isla de Balange. — 5 Isla de Molene. — 6 Isla de Trielen. — 7 Isla de Quemenes. — 8 Isla de Benignet. — 9 Canal del Horno.

firme. Hasta la aliaga marina, esa planta viva y siempre verde que cubre una gran parte de la antigua Armorica, no crece aquí sino rodeada de cuidados y precauciones.

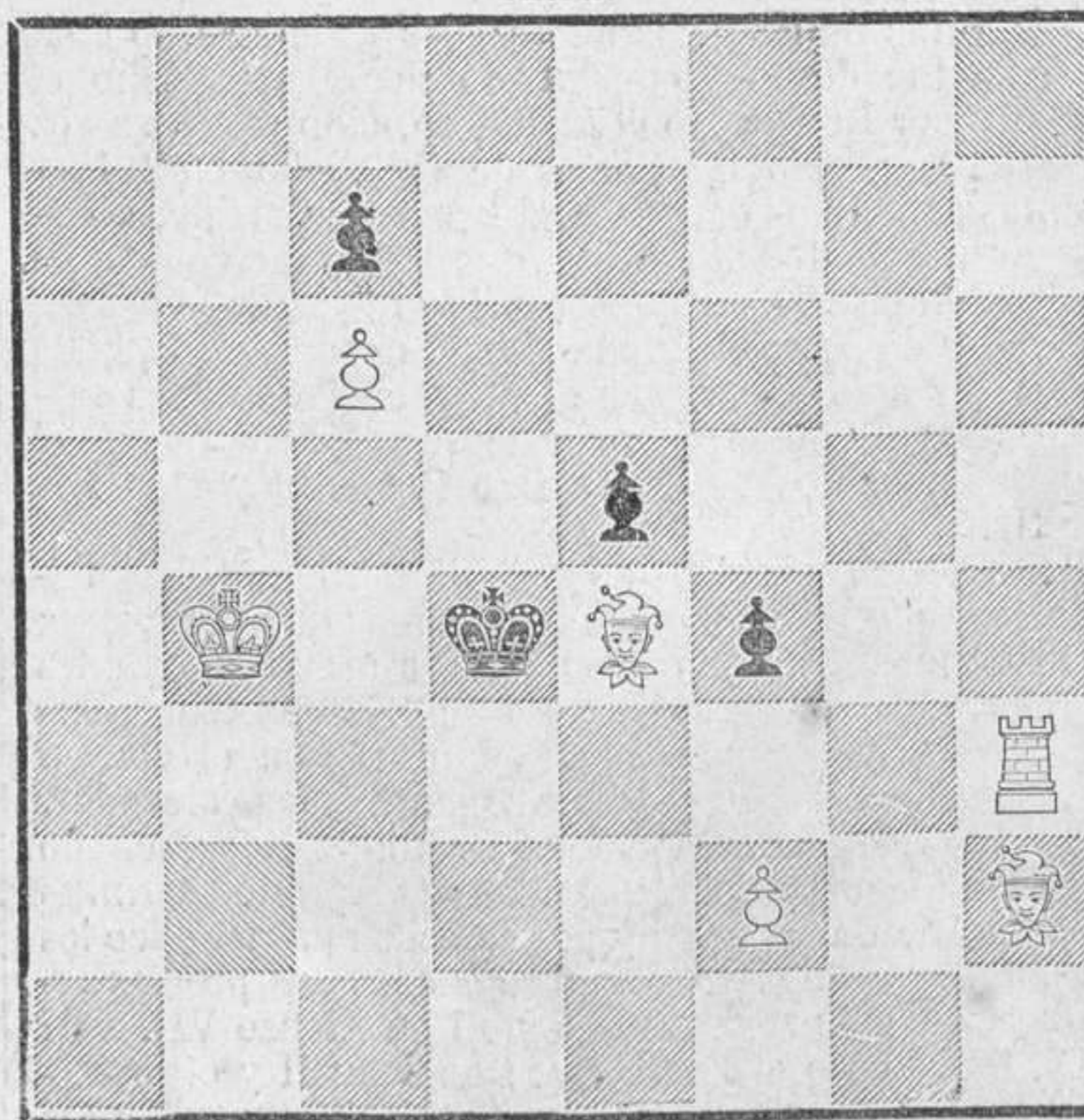
La población de la isla de Ouessant es de 2,268 habitantes, según las últimas estadísticas del Finistere, y se compone exclusivamente de familias de marinos y de pescadores. Por una anomalía que se explica, no obstante, si se reflexiona que los hombres están siempre en el mar, ya al servicio del Estado ó del comercio, ó ya ocupados en la pesca, los papeles se hallan intervertidos en los quehaceres de entrambos sexos. Las mujeres cultivan la tierra, hacen las cosechas, amarran las embarcaciones cuando llegan los pescadores, y se encargan de ir á buscar el cebo con que guarnecen los anzuelos. Entre tanto los hombres hilan, hacen media, preparan la comida y se están en casa cuidando de los niños y meciendo á los recién nacidos. El tipo general de los habitantes de Ouessant es hermoso con raras excepciones. Hombres y mujeres son de alta estatura, bien proporcionados, y ofrecen el aspecto de la fuerza y la salud unido á una gracia y belleza que no se hallan tan á menudo en las aldeas del continente. La raza céltica con sus ojos azules y su cabello rubio se encuentra aquí en toda su pureza.

Singular en sus caprichos, la naturaleza ha colocado junto á esta raza de hombres hermosos, altos y bien hechos, una raza de animales pequeña, aunque fuerte y nerviosa, y que no carece de elegancia en sus formas exiguas. Los caballos menudos como los de las montañas de Escocia, se emplean para tirar de los carros y para el transporte de cereales. Jamás los montan, y bajo este punto son cerriles. No les exportan sino al conti-

Problemas de ajedrez (1).

PROBLEMA NUM. 83, POR M. GG. MEHRTENS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

nente, á menos de circunstancias extraordinarias. En el país no se pueden comprar, pues nadie quiere deshacerse del que posee.

El pan blanco es un mito en Ouessant, donde no se ve otro que el de centeno. La ausencia de hornos en las habitaciones es digna también de ser notada. Esta falta se explica por la costumbre que tiene cada cual de calentar al intento las piedras del hogar que limpian despues cuidadosamente. Entonces depositan allí el pan de centeno, le cubren con una vasija, recogen las cenizas y los carbones al rededor, y al otro día al despertar el pan se encuentra cocido.

La marina envía á Ouessant uno de sus cirujanos, y los dos años de servicio que allí pasa le son contados como servicio en el mar, pues la aldea es demasiado pobre para pagar á un médico civil. También sostiene á su costa un faro de primer orden de luz fija, elevado sobre la punta Norte, la mas alta de la isla, pues tiene 83 metros sobre el nivel del mar, y cuyo alcance es de 18 millas marinas. En la historia de las guerras marítimas de la Francia, Ouessant se hizo célebre por el famoso combate que lleva su nombre, dado el 27 de julio de 1778, y en el cual el conde de Orvilliers, salido de Brest con 32 buques, combatió con buen éxito á la flota inglesa mandada por el almirante Keppel. H. C.

(1) Solucion del número 82.

- 1 C 3ª CR T come T (mejor)
- 2 C 5ª TR jaque R 6ª R
- 3 Ra 1ª R jaque-mate.